

El tráfico del cementerio, que es uno de los más constantes y variados de la villa —caserón del conde, en el polvo das— proporcionan motivos de conversación variados a los concurrentes sin que se deshaga nunca la reunión por falta de cháchara como pasaba en otras solaneras que agotado el chismorreillo del día se deshacían las reuniones por aburrimiento después de largos silencios.

Que viene el revisor

Más o menos, todo el mundo se pone serio a su llegada y se ponía antes más, porque cuanto se hace en abundancia pierde cualidades de distinción, aunque el ejecutante mejore de situación a veces.

La vida antigua del revisor era mucho más ruda y hasta peligrosa, pero las condiciones de su trabajo le convertían en el sabueso del tren, se le temía y había cierto antagonismo entre el público y el empleado, porque al viajero se le ha tratado siempre con cierto despotismo, no con afabilidad de cliente, a pesar de ser el pagano. Les ha faltado a las compañías y le sigue faltando a la Renfe, espíritu de servicio y necesidad empresarial, sin duda por vivir en régimen de monopolio y tener el negocio seguro. Los desplazamientos en masa de la multitud, sobrepasando todas las posibilidades, han redondeado la incomodidad, pero el revisor viaja como un señor, definidor de los reglamentos que, llega, medita inquisitivamente como si acusara, pica, apunta y se va en silencio dejando el descanso de no haber encontrado ninguna falta o más bien que ha perdonado, alzando el brazo, todas aquellas que son inevitables en la vida: podemos dormir tranquilos.

Ahora sólo se ocupa de los billetes, pero antes tenía un trabajo fenomenal porque la gente se empeñaba o se veía obligada a hacer trampa y meter viajeros de matute o llevar una tonelada de mercancías cada familia, que hasta mentira parece en aquellos coches que sólo tenían dos bancos de tablas y dos vasares para cada departamento, uno frente a otro.

La gente se confabulaba espontáneamente para ocultar a los muchachos debajo de los bancos, detrás de los viajeros o en las perchas entre las mantas tapados con las cestas y las alforjas. Aún yendo solos era raro que el que confesara no tener dinero e ir sin billete, no encontrara en el acto apoyo de todos los presentes para ocultarle en cualquier rincón cuando llegara el revisor. Nadie consideraba falta viajar sin billete, porque al que no tiene el Rey le hace libre, decían y todos exteriorizaban su regocijo cuando se la pegaban al revisor.

El revisor perseguía a los golfillos por los estribos, por los topes, por los imperiales, por las garitas, levantaba a los viajeros para mirar detrás o debajo, tiraba de las mantas, en fin, lo inspeccionaba todo porque todo era susceptible de ocultación. Y cuando había consumos, que entonces los había siempre, entre el revisor y los del resguardo tenían en vilo a los viajeros hasta que se veían en la puerta de Atocha, haciendo mucho más grato, por más heroico, el pasar algo sin pagar, que buena falta hacía.